

Tomás Lago

El pescador arbitrario



NUEVAMENTE alerta y deseoso estoy ante mí mismo, mirando con ojos obstinados cómo se desenvuelve mi pensamiento en circulante velocidad, libre, sin continente ni límite, rebasa la palabra extraña que lo reduce y se advierte adherido al casco errante de mis recuerdos.

Solo estoy al borde de mi honda conciencia, virgen de mi red más traicionera, ante mi más adversa imagen, sin que un eco abroche mi voz que llama. Sin embargo, estoy pensando sin palabras, vertiginosamente, en multitud y atropello que asciende hasta el último término de mi mirada.

Tempestad silbadora y crujiente, avasalladora tempestad que yo solo oigo, te detendría ante la valla de mi sombra abandonada si quisiera, sin esfuerzo, dormido, si no fueses, certeramente, hasta en el fondo de tu última expresión que se debate, hacia ella la dolorida dueña de todo hasta de mi pensamiento más sencillo y pequeño.

Yo no quise decir esto que digo. Nunca he querido. Se cruzaban los deseos no obstante, sobre este único

deseo, fuesen perdidos o distantes, fatalmente, como las hebras del tejido sobre la raya de la ropa.

O bien te torcería, avenida. Como se peina una cabellera caudalosa fácilmente lo haría, partiendo en trenzas la corriente innominada, adelantando objetos donde se dividiesen o luchasen mis pensamientos suyos, que desde su luz hacia su luz se derrumban como destellos percibidos.

Pero aun en la colina más alta de mi vida, donde no alcanza con su aliento el recuerdo más antiguo, cerca, muy cerca de mi noche donde nada se oye, estoy frente a la oscura muchedumbre que clamorea en sus ojos.

He movido mi red que quiebra y pone en fuga mi imagen más adversa. El silencio es el más grande de la hora, la soledad la más alta pescadores. Pero sobre mi corazón mi red se envuelve, y se ha cerrado como un párpado soñoliento.

El recuerdo constante



A HORA yo estoy acodado y rígido con mis ojos abiertos. Se va este día; desde el fondo del horizonte arraigado, un pecíolo ramifica por el cielo las húmedas arterias de una hoja de oro. ¿En qué continente de zozobras, en qué lugar desamparado está ardiendo la hoguera de esta lumbrarada crepuscular? Yo estoy frente a ella acodado y rígido en la actitud del hombre solitario.

Todos los días fueron igualmente inútiles desde que no te tengo. El último yo lo perdí todo en forjar el recuerdo, mi corazón ardía como una llama viva y yo quería ser el prodigioso frente a mi corazón hecho fragua.

Tuerzo mi vida y la enquistó y hago fluctuar el instante que he de arrancar al tiempo que viene del infinito, sin detenerse, y rueda hacia la muerte de todos. Y tras mucho trabajar extraje el recuerdo vivo y palpitante y me hallé prendido a él irremediablemente.

Yo forjaba el recuerdo con mis manos impetuosas, con mis ojos ávidos, con mi oído dispuesto y mi alma sedienta que se precipitaban hacia ti como los años hacia los siglos. Me alargaba hacia todo lo que teníamos entonces, desde el blancor de tu frente y el aletear de tus labios hasta el luzaso de ocre en los árboles.

Yo lo quería todo para hoy que estoy solo y tú estás lejos, sin que mi vida prevalezca sobre la tuya, ni este cielo te cubra, ni mis pensamientos te encuentren.

El cielo esta tarde tiene el color oro pálido y la congoja de una hoja de otoño. Estamos en primavera, no obstante tú ya no estás conmigo.

Avizorante forjador yo extraje el recuerdo creciente y me abracé a él sin remedio, y ahora me duele y me pesa como un haz de remordimientos. Sin embargo hurgo en la sombra a cada instante y sigo a tu lado hablándote aunque ya nada existe.

Así yo he ido en la noche buscando fruta a los árboles agostados a la estación del invierno, y he creído cargada de frutas la hojarasca que se cruza en la som-

bra, como ahora tus recuerdos en mi alma, como tú en mi vida en la que ya nada eres.

—Ahora—yo forjé estos árboles prodigiosos del recuerdo, desde el fondo de mí mismo cuando estaba contigo. ¿Quién me dió esta fuerza incontrastable y rodante? Yo levanté estos fúnebres árboles hacia mis días venideros, alimenté y repartí sus negras ramas, concebí sus hojas mortuorias. Yo levanté estos árboles gigantes y sombríos como noches frondosas para tender mis brazos en vano y esterilizar mi vida.

A pesar de todo tus ojos ya no me alumbran, tu voz se me ha olvidado y tus cabellos caudalosos ya no llenan la copa de mi vida. Sólo estos recuerdos sombríos se elevan inmarcesibles y sus raíces me clavan convulsas y sedientas y me piden y me extinguen.

Ahora yo estoy acodado y rígido frente a este día muerto, hablándote aún, con mis dos ojos abiertos clavados en esta inmensa hoja otoñal del crepúsculo.